7. Bodas de Caná

TEXTO EVANGELIO RESUMIDO.- Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: donde se hallaba la madre de Jesús. Fue también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. *(Joan. II, 1, 2).*

AFECTOS, SÚPLICAS. - *¡Oh, Jesús humilde! ¡Oh, Virgen prudente! ¡Cómo nos enseñáis a salvar y sortear delicadamente los compromisos sociales en la vida pública…! ¡Qué ejemplo el tuyo, Madre querida…! Ocupada humildemente en los preparativos de una boda de amigos o allegados, cumpliendo los oficios de una sencilla sirvienta, atenta a todo, dispuesta a todo, prefiriendo los oficios más bajos y humildes, embalsamando el ambiente de aquel hogar con encantadoras virtudes de humildad, pureza, obediencia, caridad, mortificación…!*

¡Oh, Madre y Virgen encantadora!, ¡qué bien me está a mí ésta tu conducta…! ¡Yo que, como Tú, me encuentro con harta frecuencia en semejantes compromisos… Y me es necesario recordar estos pasajes de tu vida, para copiar de Ti las lecciones que he de practicar…!

Y en el hogar perfumado por tu Madre, Jesús mío, Tú entras sin reparo alguno y te sientas a la mesa de los convidados a una boda… ¡Oh, Señor! Mi misión en la Alianza es prepararte con mi conducta, en mi virginidad, la entrada en lugares que, previamente, requieren la presencia de una virgen…

¡Oh, Jesús! ¡Oh, Virgen! Haced que yo cumpla bien esta misión en la Alianza.

CONSIDERACIONES

PUNTO I.- "Estaba allí la Madre de Jesús

Tal vez, cuando Jesús se despidió de Nazaret y de su amado rincón, María, su dulce Madre, no quiso quedarse sola y, levantando la modesta casita, buscó la compañía de algunos parientes y conocidos.

Es lo cierto que, al cabo de dos meses aproximadamente, la Escritura nos la descubre en el vecino pueblo de Caná, en casa de gente muy amiga y probablemente parientes.

La ocasión de celebrarse una boda en aquella familia nos ofrece en María rasgos de admiración y de imitación.

Veámoslos:

Un acontecimiento de esta naturaleza fácilmente saca a una familia de su habitual ritmo en la vida cotidiana. Los preparativos de una boda, conforme a las costumbres de aquellos tiempos entre los judíos, eran muy considerables; esta fiesta familiar duraba como quiera dos o tres días, y hasta siete algunas veces.

Contemplemos a la Virgen Nazarena, solícita y hacendosa, cooperando con los demás y llevando quizás el peso de todo el trabajo en aquel extraordinario suceso.

Vedla allí, una vez más, convertida en mujercita de casa, ocupada desde la mañana hasta la noche en toda clase de quehaceres, sin rechazar ninguna labor, por humillante y desproporcionada e inconveniente que fuera a su condición y estado sublime de Virgen y Madre de Dios. A todo se ofrece, a todo asiste, en todo ayuda, de todo se preocupa; ya con los padres, ya con los esposos, ya con los criados.

¡Ella, la Madre de Jesús, la Madre de Dios, la escogida de Dios, la preservada de Dios! ¡Ella, el prodigio de la creación, el milagro de la gracia, la llena de gracia, la llena del Santo Espíritu, la llena de dones y virtudes y bellezas y riquezas sobrenaturales…! ¡Ella, la Reina de las Vírgenes y virgen por antonomasia! ¡Ella, ocupada en los menesteres de una boda…!

¡Oh, hermanita! No siempre andará a tono tu carácter de hermanita el oficio humilde a que la necesidad o la obediencia te forzaron alguna vez. Como hija del hogar, obrera en una fábrica, empleada en un oficio, sirvienta de amos poco comprensivos, habrás de humillarte a menesteres harto impropios de un alma que en la pureza virginal ha hecho profesión de amor al Divino Esposo, que se apacienta entre azucenas; entonces, acuérdate de tu Reina y Señora, la Virgen sin mancha, sirviendo en circunstancias tan impropias y tan humildes para su condición y dignidad.

PUNTO II.- Jesús convidado

De 80 a 90 kilómetros hubieron de recorrer Jesús y sus discípulos desde las riberas del Jordán, por Galilea, hasta el pueblo de Caná, situado a unos 6 kilómetros de Nazaret.

Estando, pues, allí la Madre de Jesús, anunciaron la llegada del Hijo, a quien invitaron a quedarse con sus discípulos, bien necesitados de descanso después de tres días de largas jornadas.

Aceptó, pues, la invitación y entró con sus buenos amigos a la fiesta.

Una boda, una alegre fiesta de familia, fiesta de aparato y de días, con las expansiones propias y explicables en tales actos.

Y Jesús, sin poner reparo alguno, acepta la invitación a una ceremonia, al parecer tan impropia de su persona.

Pero allí estaba la Madre… y, ¿qué inconveniente hay en que esté el Hijo, allí donde está su Madre? María vino al mundo a preparar una morada digna del Hijo de Dios. Y María preparó morada a su Hijo en una cueva de Belén, en el destierro de Egipto y en la modesta casita de Caná, aun cuando las circunstancias no fueran tan favorables en aquel momento.

Por eso, parece que el Evangelio ha querido adelantar este detalle en su narración, diciendo: “Estaba allí la Madre de Jesús”.
Y Jesús está bien, está satisfecho, allí donde está su Madre; al amparo de la Madre está muy bien el Hijo.

¡Magnífica enseñanza para ti, hermanita amada…!
¡Cuántas veces, en lugares muy impropios e inadecuados para Jesús, puedes tú, adelantándote, preparar un buen recibimiento y una digna morada a su divina Persona!

Es esta una misión especial, delicada, propia y que entra de lleno en los fines de la Alianza.

Ved ese taller, esa fábrica, esa oficina, esa escuela, esa casa…, por donde, quizás, más de una vez ha pasado Jesús de largo y volviendo con indignación al otro lado su rostro divino… Y ahora, desde que allí ha entrado, por necesidad, por deber , por obediencia, la hermanita de la Alianza, ella, con la dignidad de su presencia, con el perfume de sus virtudes, con la blancura de su pureza virginal, con el atractivo de su modestia, con el fuego de su amor, con el celo de su caridad, con la elevación de su fervorosa oración silenciosa, ha convertido aquel lugar,

manchado quizá muchas veces con graves ofensas de Dios, en dulce morada para Jesús, su Amado.

¡Qué bien, pues, podemos aplicar a una hermanita de la Alianza esta bella frase del Evangelio: “Estaba allí la Madre de Jesús”! ¡Allí, en la fábrica, en la cocina, en un puesto, en el campo… estaba la Madre…, la hermanita, la aliada de Jesús!

Con tal que la hermanita sepa cumplir el oficio que la Madre hizo con su Hijo, imitándola en todo lo que Ella era imitable, en su pureza, en su humildad, en su recogimiento, en su gracia y vida sobrenatural, en su intimidad con Jesús, en su amor, en su celo, para ser siquiera en miniatura, imagen la más perfecta posible de Ella.

PUNTO III.- Jesús en el convite

Es hora; y Jesús, con los demás, se sienta a la mesa. Contemplemos este magnífico cuadro también.

Medio recostados en sus divanes, según costumbre de aquellos tiempos, los convidados han ocupado sus puestos. No es Jesús el que preside, ya que expresamente el Evangelio cita a otro con su nombre de maestresala o rey del convite.

Jesús es, pues, uno de tantos, un convidado entre los demás convidados. Nadie se da cuenta de Él; es el hijo de María y, como María es allí una humilde mujercita que sirve a todos y atiende a todos, de la talla de la Madre es también el Hijo; tan humilde y sencillo Jesús comiendo, como su Madre sirviendo.

¡Oh, hermanita!, ¡qué sublime esta humildad! Mira allí a Jesús completamente equiparado con los demás; nadie le distingue. Come, bebe, habla y da lugar a una sana y honesta expansión, evitando toda distinción. Es un simpático convidado, que se hace a las circunstancias en un momento harto comprometido y difícil. Ni excesivamente serio, ni pasando los límites de una discreta alegría, busca el medio y practica la virtud en grado asequible; bondad, amabilidad, sencillez, prudencia… Es cariñoso, comunicativo, simpático, atrayente; pero modesto, grave, atento, mesurado…

Conversa con todos, da interés y comunica sus impresiones sin petulancia. Como y bebe sin alardear de mortificado, pero practicando con llaneza la virtud de la templanza…

Mírale, hermanita, recostado en un diván en dulcísima fraternidad; alegre, con alegría franca y sana; solazándose honestamente a tono con el ambiente propio de un ágape familiar, entre gente llana y conocida…

¡Oh! ¡Y es Jesús! ¡Es el Hijo de Dios, el Verbo del Padre, por quien son hechas todas las cosas, ante quien tiemblan las jerarquías angélicas y a cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos!

¡Oh, qué misterio!, ¡qué humillación!, ¡hasta qué extremos ha bajado el Señor para buscar al hombre! Jesús es el camino, y para todos los pasos de la vida del hombre Él se constituye en modelo y ejemplar; no hay situación en los caminos de la vida donde Jesús no vaya por delante, enseñándonos a andar con magnífica perfección…

¡Oh, hermanita! También tú eres un alma consagrada a Dios, que llevas dentro de tu corazón un gran secreto que el mundo desconoce. No lo descubras, mientras la voluntad de Dios no te lo ordene. Y entre tanto, pasa con soberana humildad por todas las situaciones que la voluntad de Dios quiera señalarte en tu vida, sin rechazar ni desdeñar hasta las más humillantes, siendo en todo y siempre modelo perfecto y ejemplar acabado y vivo, como Jesús y María. Sé tú el camino y camina delante, a fin de que los que te siguen, sigan tus pasos y los den como tú.